

LA LINDA DEIDAD DE FRANCIA.



PRIMERA PARTE.

Nuevo y curioso Romance, en que se refiere la historia de una hermosa Doncella, llamada la Linda Deidad de Francia: cuéntanse por extenso los enredos que hubo por ella; y como un Caballero por gozarla, hizo pacto con el Demonio de entregarle su Alma; y lo demás que verá el curioso Lector.

Hoy, Señores, hoy pretendo dar al auditorio mio noticia de un cierto caso, que en Tolosa ha sucedido. En virtud de la palabra que os dí, amigo Federico, pretendo dar cumplimiento, aunque es rústico mi estilo. Hubo en Tolosa de Francia, segun se lee en los libros, dos Duques, que eran hermanos, con muy grande poderío. El mayor y Mayorazgo, segun escriben antiguos, va viéndose populoso de los bienes de este siglo, sí bien tocado de Dios, ò bien del Cielo asistido,

procuró el mundo dexar sabiendo todo es gemidos. Hizo su renuncia en fin en el hermano, y le ha dicho tomase estado à su gusto, porque el tomarlo es preciso. Casó à su gusto el pequeño con un soberano hechizo; y viendo en tranquilidad sus Estados, se previno el cambiar con los sayales las ropas y los vestidos, comutando los diamantes, esmeraldas y zafiros, las perlas y los topacios en muy ásperos cilicios, y los regalos del mundo en espirituales libros:

El referir las angustias,
las lágrimas y suspiros,
me parece imponderable,
quantos bienes han cumplido
el plazo de tal ausencia.
Fuese, en fin, el Duque invicto
à lo intrincado de un monte,
y en la espesura de un risco,
entre alfombras de esmeraldas,
que naturaleza hizo,
acompañado de plantas
y de alegres paxarillos,
su vida aspera hacia,
¡ò prodigio de prodigios!
¡qué admiracion se me ofrece!
Pocos habrá en este siglo
que imiten à este varon,
à este anacoreta, asilo
de virtud y santidad.
Dexemos en este sitio
à este justo en su maleza,
y al hermano me es preciso
mencionar, para saber,
que à los dos años cumplidos,
el Cielo le dió una hija,
y dieron por apellido
la Linda Deidad de Francia.
Considere el advertido
de sus padres la crianza,
los alhagos y cariños
con que à la Infanta criaban:
¡Oh, qué grande desatino!
Aquí se cumplió el refrán,
que à veces el mundo mismo
es causa de perdiciones;
y bien dixo el que lo dixo.
Cumplidos los doce años
de su edad, habia distintos
Caballeros pretendientes,
y habia grandes ruidos:

muertes hubo, y la Ciudad
se queja al Duque mismo,
padre de la dicha Dama,
para que tanto delirio
la obligase à darla estado;
à lo que el padre previno
el darle à su hermano parte
de todo lo sucedido,
y avisarle en esta forma:
Señor y hermano querido,
hallándome atribulado,
y en parte mas de cariño,
no hallo modo ni manera
con que poder dar castigo
à quien fomenta mis penas;
vuestra Sobrina es motivo,
avísame el mejor medio
para evitar el delirio
de tanta profanidad:
mostraos, Señor, benigno,
y vuestro raro talento
me saque de este conflicto.
Remitió la dicha carta,
y sus renglones leídos,
la respuesta que le envia,
fue darle preciso aviso,
le manden à la Sobrina
al Yermo: ¡quién tal ha visto!
A la hija la amonestan,
que pase à ver à su Tío.
En fin, con la dicha idea
consiguieron el designio
de que pase la Duquesa,
para lo que se previno.
Lleva una gran comitiva,
que todo el Pais lucido
acompañó à la Duquesa:
¿cómo daré à punto fixo
el número populoso
de tanto Adonis lucido,

que solo por una Dama
se miran todos perdidos?
Depositaron la perla
en el oriente, y rocío
de aquel sol de la virtud,
donde ocho dias cumplidos,
con júbilos y festejos,
los mas parientes y amigos,
asistieron cuidadosos:
luego el Tio le previno
à su hermano la dexase,
que con exemplos Divinos
pretendia persuadirla,
para que dexase el siglo,
de la madre los alagos,
y de su padre el cariño,
y dándola documentos,
y los ruegos de su Tio,
la convencieron de forma
que en el acuerdo convino,
y próxímo de la cueva
se la dedicó su Tio,
donde una celda la hicieron:
este es el mayor prodigio.
Adornó sus blancas carnes
con muy ásperos cilicios:
pedíale à Dios perdon
de sus culpas y delitos.
Trasformada en Magdalena
se miraba ¡qué prodigio!
Comia yerbas silvestres,
y en arroyos cristalinos
bebía, quien despreció
los vasos de oro muy fino.
Dexémosla en este estado,
y à la Ciudad me es preciso
mencionar, para saber.
Cierto Caballero rico
del amor de la Duquesa
pasaba cruel martirio,

angustias, fatigas, ansias,
penas y grandes delirios;
y viendo que era imposible
el conseguir sus designios
de gozar de su hermosura,
de una industria se previno,
para lograr su esperanza,
y fue dándole principio,
pues invocando al Dragon,
hizo pacto, ¡qué delirio!
si à la Duquesa alcanzaba,
entregaria propicio
su alma al mismo Demonio;
el que le dió nuevo arbitrio,
fingiéndose endemoniado:
¡quién este suceso ha visto!
Sus padres desatinados
procuraban exôrcismos
por su mejora, y no
en él hallaban alivio.
Les dixo el Demonio un dia
solo en el desierto es fixo
está quien puede sacarme
de este cuerpo, y así digo
lleveis esa criatura,
porque el Justo con sigilo
nos castiga con gran furia;
y sus padres, que creidos
fueron de su fingimiento,
lo llevan al Duque invicto,
para que por caridad
él les curase à su hijo.
Movido de un santo celo,
con documentos Divinos,
à el fingido endemoniado
no bastaron exôrcismos.
El Demonio le avisò
el mismo parage y sitio,
donde la Duquesa asiste,
y una noche se previno,

yéndose paso entre paso
hasta llegar à aquel sitio,
à la espalda de la cueva
de la Duquesa, y él mismo
por dentro se sumergió
hasta que por suerte vido
aquella suma deidad,
yendo muy mal prevenido,
para su defensa y guarda;
las lágrimas, los suspiros,
los alhagos y promesas,
y los fingidos cariños.
La Duquesa se ausentó,
diciendo: por Dios te pido,
que te vayas, y me dexes,
Señor, en este retiro.
No bastaron las promesas,
las lágrimas y suspiros
à poderlo persuadir
à que dexase el designio,
porque el demonio no duerme.
Venció, por fin, el castillo
de su firme castidad:
quedó aquel jardin lucido
sin la fragancia sus flores,
y aquel pecho diamantino
convertido en blanca cera,
quedó aquel sol sin sus giros.
Dexó, en fin, el buen suceso
de su vida: ¡qué conflicto
verse su luz en tinieblas!
¡O espíritus fementinos,
qué brevemente os convencen
à los fingidos cariños!
En fin, viéndose la Dama

con sus honores perdidos,
añadiendo culpa à culpa,
se fue con él, ¡qué delirio!
Abandonando su cueva,
con el Caballero ha ido
rodando por toda Francia,
y à cien leguas de camino,
en una gran Ciudad
hallaron preciso abrigo:
allí vivieron seis años
con título de marido;
y enojado ya el Señor
le remitió nuevo aviso,
y fue, que à el tal Caballero
una enfermedad le vino,
y conociendo se muere,
à la enmienda se previno.
Confesó generalmente
sus culpas y sus delitos:
murióse, y viendo la Dama
que le falta su querido,
añadió penas al mal,
tomando nuevo exercicio.
Fue à ser moza de un meson;
¡oh, qué maldad! ¡qué designio!
¡oh, qué riguroso astro!
Aquí, Lector, determino
decir, que en otro Romance
finalizará el prodigio,
y el feliz fin que esta Dama
tuvo; segun lo colijo
en la historia de su vida;
si perdonais el estilo
de Pedro Navarro, que es
el Autor de estos corridos.

FIN.



LA LINDA DEIDAD DE FRANCIA.



SEGUNDA PARTE.

Continúanse los sucesos de la Linda Deidad de Francia, y se declara como la convirtió un Tio suyo, y acabó en una penitente y exemplar vida en la cueva misma que estuvo al principio; con todo lo demás que verá el curioso Lector.

Al fin de los dichos años, que ya quedan referidos, por la espesura de un monte de aquel escusado sitio, huyendo de la inclemencia del invierno y de sus frios, à las puertas de la Ermita, un mísero Peregrino llegó buscando su albergue, y el Ermitaño benigno dióle posada gustoso, donde trataron distintos misterios que en este mundo por experiencia se han visto. Acordóse el justo Duque de su pena, con arbitrio preguntóle donde iba,

ò qual era su designio, porque si pasaba à Roma le haria encargo preciso. A lo que le respondió, que guiaba su camino à su País, porque ya lo mas del mundo habia visto. Pues dime, ¿tiene la Francia, ò todo quanto has corrido, alguna Dama que exceda en la hermosura y el brio, à la que la nombran Venus? Que he leído algunos libros, y me parece que nó habra en el humano siglo quien à esta pueda exceder, pues es cierto, que rendido

quedo, quando llego à ver
las letras, en que colijo
deben rendirse los hombres
à una hermosura, esto es fixo.
Todo esto proponia,
solo por tener indicios
donde para la Sobrina;
respondióle el Peregrino:
mas de cien leguas de aquí
vide un Soberano hechizo
de una hermosísima Dama,
que le dan el apellido,
de que es la Linda de Francia;
pero vengo compasivo
al ver que en una Posada
asiste con el arbitrio,
y al exercicio de moza,
tan comun, que pobre y rico
à pocas súplicas vence,
y alivia sus apetitos.
Referiré sus facciones,
y explicarélas, amigo.
En fin, por lo que la pinta,
dió à entender en el prodigio
de su Sobrina, y del caso
el Duque quedó aturrido,
turbado su corazon
al oír lo referido.
Despues de haberse ausentado
el huésped peregrino,
puesto su espíritu en Dios,
dexó su Ermita y abrigo,
y una tenebrosa noche,
de la obscuridad válido,
à las puertas de su hermano
llegó el Duque qual mendigo,
à pedir una limosna,
por no ser reconocido.
Admirado se quedó
el gran Duque, quando vido

à su penitente hermano:
preguntóle los motivos
de su determinacion;
y despues de referidos
los intentos que le asisten
por las nuevas que ha tenido
de su Sobrina, pretende
andar Paisés distintos
hasta llegar à encontrarla.
¿Quién este suceso ha visto?
En fin, mudando de trage,
aunque nunca los cilicios
de sus carnes los quitó;
visió famosos vestidos,
y prevenido de armas,
en un famo tordillo,
que era hijo de los vientos,
de su valor sostenido,
se ausentó de la Ciudad
por Adonis muy lucido,
y guiado de los Cielos,
ò de Divinos auxílios,
despues de algunas fatigas
que pasó por los caminos,
llegó à la dicha Ciudad
que le dixo el Peregrino:
solicitó la Posada,
adonde tránsito hizo.
Tendió la vista, y miró,
à la que era el motivo
de tanta tribulacion;
y con cariñoso estilo,
y fingidos cumplimientos,
à su amor le dió principio,
diciéndole: Hermosa Dama,
este tu amante rendido
se halla de tu hermosura;
y si acaso yo soy digno
de recibir tus favores,
dame, Señora, el aviso,

que tendrás aquí un esclavo
que te servirá propicio:
bastantes doblones traigo
que ofrecerte, y así digo,
que aquesta próxîma noche
he de ser favorecido.
Es cierto vengo cansado
del trabajo del camino,
y te advierto que me tengas
agua, ò vino prevenido
para lavarme los pies,
que espero de tu cariño
concederásme este gusto.
Dióle el sí luego improviso.
Considere aquí el Lector,
si hace curioso motivo,
alguno que viese entrar
en un quarto pequeñito
a la Dama y Galán,
¿no se hicieran mil juicios?
Mala es la murmuracion,
pues no, curiosos, no han sido
estos amores en valde,
pues el término cumplido
del dia, llegó la noche,
y cada hora era un siglo,
para nuestro fino amante.
Traen manjares distintos
à las mesas que cenar:
se saludan con cariños;
estos nacidos de amor,
y otros de otro amor nacidos.
Llegó la hora de acostarse,
à lo que el Tio la ha dicho
que le lavase los pies:
quitó una media, y ha visto
las blancas carnes del Duque
adornadas de cilicios:
maravillada se queda,
y estas razones ha dicho:

¿ Señor, qué misterio es este?
¿ Cómo con tantos cilicios
estas carnes martirizas?
¿ No dices, favorecido
esperas verte esta noche
en los brazos de Cupido?
Si es promesa la que haces,
refrénate en el delirio
de lo sensual, y mira
no malogres los principios,
que segun miro, se ofrecen,
à mí me das nuevo aviso.
Suspenso se quedó el Duque,
y dando algunos suspiros,
la dice: ¿ no me conoces?
Yo soy el Duque tu Tio,
y por mandado de Dios
en busca tuya he venido.
Sobrina, vamos al Yermo,
con el alma te lo pido:
dexa las culpas mortales,
mira que hay muerte y juicio,
dexa las profanidades
y pensamientos lascivos:
mal por tí sola he pasado,
y tú sola eres motivo:
dexé mi alvergue y morada,
mis rezos y tambien libros,
solo por buscarte à tí,
pues tanta dicha he tenido
de hallarte, no me he de ir,
si no te vienes conmigo.
La Duquesa le responde,
hechos caudalosos rios
sus hermosísimos ojos:
del alma querido Tio
ya he conocido mis culpas:
Señor mio Jesucristo,
pequé, Señor, contra Vos,
misericordia, Dios mio.



Tio vamos al desierto,
que el haber hecho el delito
fue instada del Caballero:
¡con qué dolor te lo digo!
Me vencieron, que à muger
presto se vence, esto es fixo:
ropa y doblones no faltan
¡Ay! ¿qué haré de mis vestidos?
El Tio la respondió:
déxalo todo perdido,
que lo que es del Demonio,
él procurará admitirlo;
y à los diez y siete dias
llegan al abrigo antiguo.
Abrazó con grande celo
los sayales y cilicios.
No sabré aquí ponderar,
quando le dió nuevo aviso
à su Padre el mismo Duque
como ya habia recogido
à la descuidada oveja,
que ha faltado de su nido.
La Madre despavorida,
al desierto se ha venido
à ver à su hija querida,
en lágrimas y suspiros
se exholaba, dando gracias
por el favor recibido.
Llegan al Yermo gustosos,

con el pretexto y designio
de visitar la Duquesa:
à lo que el Tio habia dicho,
que temia la presencia
de sus Padres, que era digno
por caridad la dexasen.
En fin, la Madre ha pedido
que la dexasen ver su hija:
la licencia ha conseguido
baxo de santa obediencia;
mas al silencio remito
lo que podria pasar.
El Padre al hermano ha dicho
en clausura la mantenga,
y la pusiese en el sitio,
ò cueva que antes tenia.
Este es el mayor prodigio
que en ásperas penitencias
excedia al mismo Tio,
ofreciéndole al Señor
el alma que le ha infundido.
Perdona, noble Lector,
lo rustico del estilo
de Pedro Navarro, que es
el Autor de estos corridos,
que ha sacado de una historia
que ha leído en cierto libro,
que su título contiene
Victoria y Triunfos de Cristo.

FIN.

VALENCIA:

EN LA IMPRENTA Y LIBRERIA DE MANUEL LOPEZ,

calle de Bordadores, número 11.

Año 1814.